

Al
destino
le gustan los
valientes

Bilografía
TOKIO 2



ALTEA MORGAN

Al destino le gustan los valientes

Altea Morgan

© Altea Morgan

1ª edición, mayo 2018

ASIN:

Diseño de la cubierta: Alexia Jorques

Aviso legal:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A Abril Camino, por ayudarme a encontrar la forma de plasmar esta historia de la mejor manera, por no dejarme sola en la aventura de escribir un libro y, además, por ser una persona bonita de verdad, de esas de las que quedan pocas.

BLEACH

DEATH NOTE

Índice

Prólogo

Primera parte: Invierno (Fuyu) 冬

Capítulo I Nunca pensé que llegaría a sentir esto por ti

Capítulo II Caminaba por las calles cuando la puesta de sol
tiñó la ciudad de rojo

Capítulo III Si pudiera convertirme en un cometa...

Capítulo IV En secreto, sigo estando asustado

Capítulo V Perdí mi antiguo camino

Capítulo VI El cielo es un buen límite

Capítulo VII Caen en silencio del cielo dos fuegos artificia-
les etéreos

Segunda parte: Primavera (Haru) 春

Capítulo VIII La confianza es una de esas cosas que no
comprendes hasta que la pruebas

Capítulo IX La melodía que tarareas está empezando a oxi-
darse y no cantas una nueva

Capítulo X Una promesa hecha bajo los pétalos de cerezo

Capítulo XI La campana del destino está sonando

Capítulo XII Por favor, no te vayas nunca más

Capítulo XIII Hay días para plantar semillas y hay días para
regarlas

Capítulo XIV Te lo prometo, no lo olvidaré

Tercera parte: Verano (Natsu) 夏

Capítulo XV Riendo por fuera, llorando por dentro, ¿sabes
de lo que hablo?

Capítulo XVI ¿Acaso no oyes mi voz junto a ti?

Capítulo XVII Pensé que te amaba

Capítulo XVIII ¿De qué color ves el cielo?

Capítulo XIX No puedo hacer milagros, pero que pueda
estar contigo ya es un milagro de por sí

Capítulo XX Baile, tatuaje de mujer, cabello alborotado

Capítulo XXI Es algo que se me olvidó decirte

[Cuarta parte: Otoño \(Aki\) 秋 y cuatro días más](#)

[Capítulo XXII Y te conté todos mis secretos](#)

[Capítulo XXIII Nunca lo olvides](#)

[Capítulo XXIV Algún día mi voz se volverá fuerte](#)

[Capítulo XXV Hay algo que no funciona en mi corazón](#)

[Capítulo XXVI Hasta que el tiempo lo permita](#)

[Capítulo XXVII Duele tanto como un desbordante deseo](#)

[Capítulo XXVIII Buscando las diferentes formas de las nubes en el cielo](#)

[Epílogo I Lucía, Lucy, Rukia Recé una pequeña oración por ti y por mí](#)

[Epílogo II Akira, Aki, Kira ¿Dónde hay corazones sin cicatrices?](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

Prólogo

...y en ese momento recuerdo que llovía el día que supe que Akira estaba vivo.

Tres años después de la vuelta de Akira a la vida.

No había sido una gran sorpresa levantarme y ver que el cielo de principios de diciembre era oscuro, negro como si estuviese plagado de pequeños *susuwatari*, las bolitas de carbón de las películas de Ghibli, que solo dejaban unos pequeños resquicios entre unas y otras para saber que, tras ellas, todavía había un sol, y que la lluvia incesante mojaba la ciudad. Pensé que era igual que mi estado de ánimo. Aunque no era habitual que lloviese tanto por esas fechas, para mí fue como si eso debiera pasar. Sin más.

Odiaba diciembre. Detestaba enero. No quería pensar en febrero.

Se presentaba un día normal, anodino, perdido entre la maraña del resto de días. Ese dos de diciembre parecía uno igual que los demás.

Observé la lluvia desde la ventana de mi cuarto en la casa de mi padre, en Tokio, esa ciudad enorme donde me había perdido en mis mejores años, que me había regalado recuerdos, amigos y todo lo que siempre pude soñar.

Mi padre se había trasladado de nuevo a la capital japonesa con su mujer, al parecer ya querían instalarse en ella. Y yo había aprovechado para hacerles una visita.

Hacía tres años desde aquella llamada de Nana donde me enteré de que Akira iba a ser desconectado. Así que le había pedido a mi padre que realizara averiguaciones de dónde podría encontrar su tumba, un lugar donde recor-

darlo, donde poder recordar los últimos recuerdos que atesoraba con él. Poco a poco, había olvidado su voz, había olvidado su risa y también los malos momentos. Pero no podía olvidarlo a él.

La tumba de Akira. Esa frase se deslizaba por mi boca con un dolor inusitado.

Y no era una tarea sencilla la que le había encargado a mi padre. Yo había llegado a Japón solo un día antes y ya llevaba veinticuatro mensajes a Nanako, cinco llamadas perdidas a Keiko y un mensaje de voz a Shou. ¡Todo un récord!

En respuesta, yo no había conseguido nada. Ni la más mínima señal de vida.

Suspiré frente a la ventana, y el vaho se agarró durante unos segundos en el cristal, hasta que fue desapareciendo como mis esperanzas.

Entonces, llegó el mensaje. Cuatro palabras. Directas.

Cuatro palabras que iban a cambiar mi vida:

«Tenemos que hablar, Rukia».

Fuyu

Capítulo I

Nunca pensé que llegaría a sentir esto por ti

Un año después del mensaje.

Llegaba tarde.

Parecía que, cuanta más prisa tenía, más se emperraba Luton en hacerme la vida imposible. Con su lluvia y su humedad, no parecía a priori el mejor lugar para mí. Sin embargo, había adaptado mi vida y mi rutina a la ciudad. Aunque no por mucho tiempo más, si todo salía tal y como lo había planeado.

Me miré en el espejo que tenía en la entrada del piso; sonreí. Mi madre me había teñido el pelo de un rubio oscuro que, para qué mentir, no me quedaba mal. Aunque me encantaba el cambio de *look*, más me gustaba la sorpresa que le iba a dar. Había hablado con él por Skype con gorritos absurdos, aduciendo que me moría de frío o que se me había roto la calefacción, e incluso con una toalla como si su videollamada me pillara *recién salida* de la ducha.

Miré el reloj. El avión estaba a punto de aterrizar.

Cogí las llaves; me despedí de Ichigo, mi gato naranja de ojos marrones, que me observaba con cara de sueño desde el sofá, y me marché al aeropuerto. Casi con seguridad, si no se retrasaba el vuelo, él tendría que esperarme a mí en esa ocasión.

Desde que había llegado a Inglaterra para vivir con mi madre y para estudiar de nuevo Veterinaria, todo había cambiado en mi pequeño mundo. Me había vuelto a reinsertar en la sociedad, como si fuera una presa recién salida de la cárcel. Había hecho amigos, me había deshecho del dolor perenne –tanto físico como mental–, me había embozrachado, echado unos cuantos polvos locos y había mejo-

rado. Mejoré tanto que me sentía de nuevo en mi piel. Volvía a ser yo.

Una vez en el coche, como casi siempre que me montaba sola, tuve que contar hasta diez para bajar mis pulsaciones. A veces, el diez podía llegar a cien. Pero lo había superado. La fobia a los coches y a conducir ya no formaba parte de mi vida. Casi.

En esa ocasión, conté hasta veintitrés. El número cambiaba dependiendo del día y del estrés.

Durante el camino, mi madre me llamó al móvil, puse el manos libres para poder escucharla, y me comentó que el conejito de la señora Smith había despertado de la operación a la que lo habíamos sometido y que pronto se iría a casa. Se lo agradecí, pero no me llamaba por el señor Orejas, no, me llamaba para saber mi nivel de nerviosismo, pues ella creía que por mi voz lo podía nivelar.

—Mamá —le dije antes de colgar—, del uno al diez, ¿cómo estoy?

Se quedó callada al otro lado de la línea, como si fuera una decisión de vida o muerte.

—Un siete y medio.

—¡Vaya! Eso parece mucho, ¿no?

—Hace un tiempo que no lo ves y te estresa conducir. Creo que he dado en el clavo. Quizá me haya equivocado por medio punto, pero poco más. No me ves, pero te estoy guiñando un ojo. ¡Pásalo bien y dale recuerdos, besos y abrazos!

Me hizo reír. Sí, bueno, igual había acertado de chiripa.

—Lo mismo le doy algo más que besos y abrazos, mamá.

—Te voy a colgar, que tengo que vacunar a un perro y no quiero estar pensando en porno mientras lo hago. ¡A disfrutar!

Y me colgó. Así, sin más. La relación con mi madre, desde que me mudé con ella, había tenido altibajos. Los primeros meses de convivencia pasaron como si estuviera en una hermandad: con bebida, salidas nocturnas y locuras.

Aunque cuando llegó el momento de ponernos serias, ya que yo no quería perder el curso y ella tenía que trabajar, todo fue un poco a peor. Jackie estaba acostumbrada a su soledad, a hacer lo que le diera la gana, y yo no entraba en esos planes, como siempre había pasado. No era nada nuevo. En esa ocasión, en vez de coger las maletas y volver a casa de la abuela Concha, decidí alquilar un piso cerca de la universidad e intentar tener la mejor relación posible con ella. Y funcionó. Cuando acabé la carrera, y de eso hacía ya más de dos años, tras realizar una serie de cursos, me mudé a Luton para trabajar en su clínica y, desde ese momento, no nos hemos vuelto a distanciar. Cada una en su casa, cada una con su vida. Así vivíamos bien. Aunque las dos sabíamos que esa situación tenía fecha de caducidad, pues, si todo salía bien, iba a dar un paso adelante en mi carrera profesional. Uno enorme. Conocí el trabajo de la doctora Yoshida el primer año que estudié veterinaria en Japón y me enamoré de sus estudios. Estaba especializada en cardiología animal, tenía todo un equipo a su servicio y operaba lo inoperable. Meses atrás, supe que estaba ampliando personal para llegar a la medicina de animales exóticos, que no era otra cosa que todo lo que no fueran gatos y perros. Y yo me estaba especializando en esa rama. Trabajar con ella sería un sueño hecho realidad. Así que el día que recibí una llamada con la fecha de una primera entrevista vía Skype, me emborraché en casa de Jackie para celebrarlo. Para la fecha señalada fui a la peluquería y me presenté con mi ropa más profesional. Solo tardaron una semana en decirme que había pasado a la siguiente fase. Eso sí, sería en Tokio, en persona. Por lo que había hecho coincidir la siguiente visita a mi padre con la segunda entrevista. Los nervios por verlo se me juntaban con mi futuro profesional, ya que en unos días podría cambiar mi carrera para siempre, si no metía la pata. Y yo había hecho todo lo posible para que eso no ocurriera.

Cuando aparqué el coche en el *parking* del aeropuerto, también tuve que volver a respirar. El coche en sí me daba ansiedad, aunque había aprendido a controlarla. Y volver a verlo hacía que sintiera ganas de saltar de alegría. Para desahogarme, grité en el coche. A veces, lo necesitaba. Un matrimonio de la tercera edad, con una maleta muy grande, pasaba justo por delante cuando les di el espectáculo, ambos me observaron como la loca que era. Los saludé con la mano y salí con la cabeza bien alta. Ya no me privaba de las cosas que necesitaba hacer para no perder el juicio.

Volví a revisar la hora en el reloj. Su vuelo ya habría aterrizado. Aunque no me había llamado al móvil.

Entré en el aeropuerto. No era de los más grandes, aun así, no lo encontraría si se había ido a dar una vuelta. Lo llamé al móvil.

Un tono. ¿Dónde estaba?

Dos tonos. Di vueltas como una tonta, buscándolo con la mirada.

Tres tonos. Nada, se me había perdido.

Cuatro tonos. Buzón de voz.

¡Mierda! Odiaba hablarle al puñetero buzón de voz. Y él lo sabía.

Me dirigí a la zona donde debería estar esperándome. Me planté en medio, con mis vaqueros algo desgastados y un jersey *oversize* que había visto tiempos mejores.

—¿Qué te has hecho en el pelo?

Cuando lo escuché, di un respingo y me giré para mirarlo. Le había crecido la barba y su sonrisa siempre me dejaba algo paralizada. Lo había echado tanto de menos...

—A mi madre le pareció una buena idea, Rick Grames de pacotilla —lo llamé como acostumbraba de vez en cuando desde que me había montado la escenita de *Love Actually*.

Jorge dejó caer su mochila al suelo, y yo salté a abrazarlo y a besarlo.

Olía tan bien. Olía a casa, olía a Madrid, olía a él.

No quise despegarme de su cuerpo, hacía tres meses que no coincidíamos en el mismo país. Su promesa para el año que entraba en menos de un mes era asentarse en algún lugar conmigo. Vivir juntos más que un mes al año. Ese era nuestro propósito de año nuevo.

Cuando me mudé a Londres, había pasado por una época salvaje en la que no quería tener nada serio, solo amigos con derecho a roce y lo que se presentara. Cuando volvía a Madrid, todas y cada una de las veces, los dos acabábamos enredados el uno en el otro. Al principio, no podía ser nada serio, yo no lo quería, y él comenzó a viajar. Se marchó con una hermana suya a Nueva York, y nos echamos de menos. Tanto que decidimos empezar una relación en serio hacía solo un año. A miles de kilómetros de distancia.

Todo eso que en mi adolescencia me había prohibido a mí misma era lo que me estaba haciendo feliz. Los hijos podemos repetir los errores de los padres, aunque yo los había superado. Jorge no era mi madre, él no quería vivir conmigo solo unas semanas al año, él estaba completamente comprometido. La distancia nos la habían impuesto nuestros trabajos y un poco mi mala cabeza, aunque la íbamos a superar en breve. O eso esperaba.

Habíamos construido una relación a lo lejos. Nos llamábamos todos los días y habíamos perfeccionado el sexo *online* hasta puntos insospechados.

Jorge había venido a pasar las vacaciones conmigo. A celebrar tantas cosas: mi cumpleaños, nuestro primer aniversario, la Navidad, el año nuevo... y eso pasando por dos países distintos, ya que habíamos planeado pasar parte de las fiestas con mi padre en Tokio, pues allí era donde mi carrera tenía que pasar al siguiente nivel.

—No te quiero soltar —le dije apretada todavía a su cuello.

—Si no lo haces, no podremos hacer todas las garradas de las que hablamos anoche.